

Contreras García, Irma. *Las etnias del estado de Chiapas. Castellанизación y bibliografías.* México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Bibliográficas / Programa de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Mesoamérica y el Sureste, 2001, 294 p., mapas. ISBN 968-36-9089-0

Los libros sobre obras referentes a las lenguas vernáculas americanas tienen su propio espacio en el mundo del saber bibliográfico desde que Antonio de León Pinelo, en el siglo xvii, escribió su afamado *Epítome de la Bibliotheca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica*, considerado la primera bibliografía del Nuevo Mundo. Desde entonces, no pasa mucho tiempo sin que un nuevo libro nos dé a conocer lo que se ha escrito acerca de tal o cual lengua o espacio lingüístico. Presentamos el más reciente de todos ellos, *Las etnias del estado de Chiapas. Castellанизación y bibliografías*, de la maestra Irma Contreras García, publicado por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas.

Diré, en primer lugar, que este libro tiene como antecedente los dos volúmenes que preparó la maestra Contreras con el título de *Bibliografía sobre la*

castellанизación de los grupos indígenas de la República Mexicana, publicados en 1986 por este mismo Instituto. Aquellos volúmenes, que muchos consultamos con gran frecuencia, contienen información sobre los impresos y manuscritos que se conocen en las lenguas indígenas de México, elaborados entre los siglos xvi y xx. La información contenida en ellos es de tal magnitud que hacen de estos libros uno de los repositorios más ricos sobre el tema. Puede decirse que, con la perspectiva del tiempo, los volúmenes de Irma Contreras marcan un hito en la historia de las grandes bibliografías americanistas, comparable a las de José Mariano Beristáin y Souza, Joaquín García Icazbalceta, Hermann Ludewig y el conde de la Viñaza.

El libro que presentamos está conectado con aquella magna bibliografía, lo cual muestra el interés de la autora por ahondar en el tema, y también

su consistencia en una línea de investigación, algo que ahora se considera muy importante y valioso para la carrera de investigador. En éste como en aquéllos, la autora sigue un método propio, que es el de presentar cada lengua por separado, lo cual hace muy fácil la búsqueda de autores y de escritos sobre determinada lengua.

El libro está estructurado en dos partes, una primera, de índole histórica, y la segunda que comprende las bibliografías de ocho lenguas habladas en Chiapas, de las que han quedado registros escritos. A su vez, la primera parte está constituida por siete capítulos en los que la autora traza un contexto histórico muy completo en torno a una idea clave, que es el proceso de castellanización desde el siglo xvi hasta nuestros días. Una tabla de siglas y las referencias bibliográficas necesarias cierran el libro.

Estos siete capítulos, que forman la primera parte, constituyen una historia de Chiapas. Después de leerlos es fácil percatarse de que son necesarios para comprender el tema y que responden al objetivo principal del libro: explicar el proceso de castellanización de los pueblos o etnias de Chiapas, como ya se ha dicho. Este proceso, que comenzó en el siglo xvi, aún no acaba, pues —dice la autora— a pesar de los múltiples esfuerzos de la Corona española, de las órdenes religiosas, de las campañas contra el analfabetismo y de los misioneros modernos, "todavía existen grupos monolingües

que desconocen la lengua de castía" (p. 13).

Precisamente estos esfuerzos son uno de los puntos que la maestra Contreras se preocupa de mostrar, empezando por recordar las dificultades de comunicación entre frailes e indígenas en el centro de la Nueva España y en Chiapas. Deja ella ver que los esfuerzos por comunicarse y alfabetizar están localizados en instituciones y figuras que a lo largo de la historia han tenido como fin evangelizar, aculturar o simplemente alfabetizar a pueblos hablantes de muchas lenguas.

Punto de partida son las figuras de frailes pertenecientes a dos órdenes religiosas: la de Nuestra Señora de la Merced y la de los Predicadores. Para la autora los miembros de estas órdenes fueron los primeros que se enfrentaron al reto de entenderse con los naturales, y lo hicieron conscientes de que eran ellos los que "tenían que aprender las lenguas vernáculas no para que los indios supieran el castellano" (p. 12).

Con este espíritu, dedica Irma Contreras un capítulo a analizar la obra de los mercedarios que llegaron a San Cristóbal de Las Casas en 1537. Aunque no ha quedado buen recuerdo de la presencia de ellos en Chiapas hay tres nombres que han dejado huella: fray Jerónimo de Larios y fray Diego Reinoso, autores de artes y vocabularios en lengua mame, y fray Diego Rivas Gastelu, que ha dejado manuscrita una gramática de la lengua lacandona.

Mayor ventura tuvieron los dominicos, que llegaron a Chiapas nada menos que con fray Bartolomé de Las Casas en 1545. Resalta la autora que los dominicos, además de tomar sobre sus hombros la defensa de los naturales ante los abusos de los encomenderos, se lanzaron con verdadero entusiasmo a la tarea de aprender lenguas. Recordaré algunos hechos que Irma Contreras recoge en su libro citando al dominico fray Francisco Ximénez, cronista de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala. En ellos es fácil ver un frenesí por aprender lenguas exóticas y difíciles para poder recorrer un camino trascendente. Una de las anécdotas se refiere a fray Pedro Calvo, que llegó con fray Bartolomé, el cual "puso tanto fervor a aprender la lengua [de Chiapa] que casi se olvida de sí; en la mesa y el coro se estaba como pasmado... antes de un mes, a los veinte días, predicaba ya y doctrinaba la gente y tres meses después, la supo tan perfectamente que los indios estaban espantados..." Otro hecho ilustra esta actitud, el mandato de fray Tomás de la Torre, quien en 1549 "dispuso que los religiosos de Guatemala tuviesen una conferencia diaria en lengua de la tierra".

Vale la pena hacer un inciso para recordar algunos rasgos de la personalidad de estos dos dominicos, quienes se destacaron en el largo viaje de Salamanca a Ciudad Real de Chiapas. Fray Pedro Calvo se hizo buen piloto y buen barbero, mientras que fray Tomás de

la Torre fue comisionado por Bartolomé de Las Casas para ser el cronista del viaje. Gracias a él se conserva un "Diario del viaje de Salamanca a Ciudad Real", en el que se narra el largo viaje de los dominicos durante 424 días, llenos de desventuras. Primero el paso del Atlántico, no parando de rezar para que no se aparecieran los franceses. Ya en el Caribe, entre Santo Domingo y Campeche, soportando una terrible tempestad que los sacó de su ruta. Y finalmente entre Campeche y Tabasco les esperaba lo peor: una malhadada tormenta en la laguna de Términos, en la que perdieron la vida nueve dominicos y 23 seglares. Cuando se repusieron, aún tuvieron fuerzas para sacar las cajas de libros hundidas en el lodo de la laguna, y para "lavar y curar" los libros que no estaban deshechos. El viaje fue un camino de penitencia con hambre, frío, calor, mosquitos, suciedad y toda clase de miserias, y también un camino de perfección marcado por los constantes rezos ante el miedo y el canto del *tedéum* cuando pasaba el peligro.

Esta digresión viene a cuento para mostrar que cuando llegaron a Chiapas estos dominicos estaban dispuestos a vencer cualquier difícil desafío, como el de oponerse a los encomenderos y el de aprender lenguas. Ya vimos que fray Pedro Calvo aprendió la chiapaneca, en la que escribió un *Vocabulario*, que no se ha conservado. Fray Domingo de Ara, que también venía en el grupo, aprendió la chiapa-

neca y la tzeltal. En esta última, además de una doctrina cristiana, dejó escrito un *Arte y Vocabulario en lengua tzeltal según el orden de Copanabastla*, publicado hace unos años por Mario Humberto Ruz. Por citar un nombre más, fray Domingo de Vico también venía en el grupo, y nos ha dejado varios escritos y un arte en la lengua quiché o utlateca.

Pero volviendo a los capítulos introductorios del libro de la maestra Contreras, destacaré que su estudio del proceso de castellanización no se queda en los frailes, sino que continúa a través del siglo XVIII, tomando como base al cronista Pedro Cortés y Larraz, y llega a los siglos XIX y XX valorando los múltiples intentos que figuras e instituciones hicieron para enseñar a leer y escribir con silabarios apropiados y métodos innovadores. Tales fueron los intentos emprendidos por la Educación Socialista, por el Instituto Lingüístico de Verano, la Campaña de Alfabetización de Ávila Camacho, la de la Secretaría de Educación Pública a través del INEA, y también los debidos a profesores como José Weber, Gregorio Torres Quintero y Mauricio Swadesh.

Pero en este proceso de castellanización hay también un intercambio lingüístico y cultural, lo cual destaca la autora con toda propiedad. No todo es enseñar a los indígenas. También hay influencia de las lenguas indígenas en el español de Chiapas y perduración de las lenguas a través de la educación bilingüe. Y, sobre todo, pone

de relieve el renacer literario que los propios indígenas están realizando a través de creaciones personales en sus lenguas. Con ellas están construyendo una presencia y un testimonio de las lenguas y culturas de Chiapas, tan viejas en la historia como jóvenes en sus posibilidades de expresión.

No me extenderé mucho al comentar la segunda parte del libro, la más extensa. En ella se registran títulos y autores de ocho lenguas: la chaneabal o tojolabal, chiapaneca, chol, lacandón, mame, tzeltal, tzotzil y zoque. Seis son del tronco mayense, una, el chiapaneco, del otomangue, y el zoque del mixe-zoque. Para cada lengua la autora dispone un capítulo que contiene una pequeña monografía distribuida en dos partes: la primera es una síntesis de datos geográfico-históricos sobre la lengua y sus hablantes, acompañada de un mapa. La segunda es la bibliografía por autores dispuestos en orden cronológico. El registro bibliográfico incluye artes, vocabularios, doctrinas, confesionarios, sermonarios y libros religiosos de los autores clásicos. También traducciones bíblicas, breves tratados para aprender higiene, para cultivar la tierra, para cocinar y, desde luego, cuentos y relatos de los ancianos, vocabularios y cartillas para alfabetizar y toda la narrativa de creación personal de escritores en tzotzil, tzeltal, chol, tojolabal y zoque.

El número de obras reseñadas y la disposición en orden cronológico dejan ver el pasado histórico de estas len-

guas, y también su vigor e importancia a través de los siglos. Podría decirse que Chiapas contiene un pequeño universo lingüístico —lo mismo que Oaxaca— dentro del gran universo americano. Reiteradamente se pondera la riqueza lingüística de la América: 2 000 lenguas para los más atrevidos, 700 u 800 según los más conservadores. Pues bien, el espacio chiapaneco, con sus ocho lenguas aquí registradas pertenecientes a tres troncos lingüísticos es, en pequeño, una representación de la Babel americana.

Por ello las bibliografías son tan necesarias para emprender cualquier tipo de investigación. Son un punto de partida sin el cual el investigador siempre andará sin luz. Cualquier lec-

tor percibirá este hecho, y al asomarse a esta bibliografía sentirá que transita un camino que lo lleva a la lingüística, a la filología y a la historia de una parte relevante de Mesoamérica. Pero además, hay que resaltar que el trabajo de Irma Contreras nace con un hermano gemelo: el del maestro Octavio Gordillo y Ortiz, una *Bibliohemerografía del sureste mexicano y Centroamérica. Época Colonial*. En ella se registran tantos como 1 438 títulos sobre publicaciones de los siglos novohispanos y modernos. Los libros, considerados solos o como hermanos gemelos, son un nuevo camino para explorar la esencia de los pueblos de Chiapas y Guatemala, sus lenguas y su quehacer en la historia.

